

Los Jesuitas son acusados de fanatismo. Yo declaro que he encontrado mucho menos fanatismo entre los católicos romanos en general y los Jesuitas en particular, que entre los protestantes.....

Paso ahora á otro punto. Los Jesuitas son acusados de sitiar á los moribundos ricos, pidiendo legados para su órden. Personas ricas que se han confesado con ellos y que han recibido de sus manos los últimos sacramentos, pero que después han recuperado la salud, declaran que jamás les han hablado de interés á su favor. Apelo á semejantes personas para que digan si no es esta la verdad. Si se han hecho legados á los Jesuitas, ¿quién emprenderá probar que no son ofrendas libres de corazones reconocidos? ¿No los han recibido otras corporaciones religiosas? ¿Cómo se fundaron si nó las antiguas Universidades? Otras órdenes religiosas son tanto y aun mas ricas que la Compañía de Jesus: varias de ellas son mendicantes y viven de limosnas diarias, porque las es lícito pedir las: el clero secular subsiste del altar, ya porque está dotado el que sirve en Catedrales y Parroquias, ya porque sus restantes individuos gozan capellanias ó reciben estipendio por celebrar; pero el Jesuita todo lo hace *gratis*. obligado por su regla. Dice misa, predica, confiesa á sanos y enfermos, visita las cárceles y hospitales (muchos de los de esta ciudad estaban al cuidado de aquellos religiosos), enseña á la juventud en la manera que he descrito; y todo por *nada*, pues no puede pedir ni aun recibir ninguna gratificación. Mas pregunto en nombre del buen sentido: ¿cómo podrán hacer todo esto unos hombres de carne y hueso, porque al fin los Jesuitas son de la misma masa y metal que los demás hombres, sin comer ni estar vestidos? Y ¿cómo podrán comer y vestirse sin dinero? Y si no reciben estipendio ni honorarios ¿cómo tendrán este dinero, si no los dotan el gobierno ú los particulares, ó si no gozan rentas? De estos tres modos, el de tener rentas es el mas antiguo y aprobado. Este es el que hace en Inglaterra tan estables y eficaces las instituciones eclesiásticas, colegiadas y municipales. La via mas natural para adquirir estas rentas, es la de recibir legados; y por ella se han formado los mas grandes establecimientos religiosos y caritativos. Decrétese las leyes que plazcan contra las manos muertas, que yo juzgo deben existir siempre, y procúrese que sean eficaces, no solo para impedir que los confesores importunen en su favor á los moribundos, sino hasta para remover la sospecha de semejantes manejos, todo para asegurar los derechos de los herederos legítimos; pero nadie se queje de que un instituto reciba los legados que sin colusion de ninguna clase, se le dejan, como los reciben casi todos los otros. Yo espero que se publicará oficialmente un estado demostrativo de la riqueza de los Jesuitas, pues no creo que fuesen tan opulentos como se supone. Mientras que se hace tal publicacion, puedo decir que segun sé por uno de ellos, después de haber proveido al sosten de sus escuelas, conservado el inmenso edificio de su convento, atendido al solemne culto que á Dios se tributaba en su espléndida

iglesia, y distribuido sus limosnas diarias; quedaban para la mesa y vestido de cada Jesuita catorce ducados al mes (siete pesos y medio). En punto á limosnas, aunque hay quien diga que no daban ningunas; yo aseguro que las sabidas eran grandes, y que muchas son desconocidas. Con mis propios ojos he visto yo, dia tras dia, salir al portero á las doce con canastas de pan, para distribuirle entre los pobres que esperaban este socorro. Así se repartian muchas medidas de pan diariamente, fuera de otros alimentos y vestidos que tambien se daban. Tambien auxiliaban los Jesuitas á los pobres con dinero, principalmente á los encarcelados. Estas son algunas de las muchas obras de caridad que ejercitaban en Nápoles aquellos religiosos. En Sorrento, los mismos pobres me han dicho á mí, cuán benévolos eran para con ellos; y no solo los mendigos de la clase infima eran así socorridos, sino tambien los pobres vergonzantes de clases mas elevadas. Un caballero muy notable de aquella ciudad, que me informaba de esto; me dijo que él conocia varias familias decaídas, que eran sustentadas de este modo; mas con tanta delicadeza, que casi nadie lo sabia. Todos estos gastos, dejaban para los alimentos de cada Jesuita catorce ducados; que es cabalmente lo que un campesino de Inglaterra gana de jornal. Por lo que yo personalmente he observado, no gastaba cada Jesuita mas que esta suma; porque en efecto no es posible que ni los recogidos en un Hospicio de Inglaterra, vivan con mas llaneza que estos Reverendos Padres; no obstante que muchos de ellos pertenecen á familias acomodadas, y todos, por sus talentos y laboriosidad, pudieran vivir en la abundancia dedicándose á cualquiera profesion. Como abogado que espontáneamente he querido ser de estos religiosos, casi me avergüenzo de detenerme en este capítulo. Sé que será desagradable para ellos, pero deben perdonarme; pues saben que por absurdas que sean las acusaciones de que se les haga objeto, aun encuentran quien las crea. He oido que se les acusa de afectar un ascetismo exterior, mientras que vivian sensualmente allá tras de cortinas. Pero ¿habrá siquiera dos ó tres testigos para probar este cargo? En primer lugar, los Jesuitas no profesan ascetismo, ni su órden es ascético, antes por sus constituciones están obligados á conservar sus cuerpos con todo vigor; porque como soldados de la Iglesia deben estar listos para acudir al primer llamamiento. Ciertamente llevan una vida austera, pero ¿sensualismo encubierto! En realidad es tan estúpida esta calumnia, que hasta la paciencia falta para refutarla. ¿Cómo pueden ser sensualistas unos hombres, que están al frente del saber europeo? Este es un imposible moral. Además implica que se les acuse de ser sensualistas, y al mismo tiempo de profundos intriguantes políticos. El hecho indisputable de tener talentos, ciencia, laboriosidad, elocuencia para predicar y facilidad para escribir, capacidad para todos los eventos, valor y serenidad, con todas las demás cualidades intelectuales y morales que nadie les niega, á excepcion de unos pocos que realmente deben perdonarme el que no les conteste;

esta verdad de bulto, choca con la calumnia de sensualismo y la pulveriza. Aun á estos pocos, de quienes acabo de hablar, les propondré una observacion *física* que ellos podrán hacer: consideren al primer grupo de Jesuitas que puedan encontrar, y vean como puede ser que conserven sus cuerpos tan sanos, y sus rostros tan serenos y modestos, si pasan la noche en orgías y disoluciones; pues de noche deberá suceder esto, segun ellos, porque de dia ciertamente no es. Mas perdónenme aquellos Reverendos Padres que escriba así; y perdónenme tambien V., mi estimado Señor, pues sabe bien cuán necesario era descender á tan despreciables pormenores.

Paso ya á otra acusacion que se hace á los Jesuitas, y es la de mezclarse en la política. Desde luego convengo en que si se prueba que una comunidad religiosa es incorregible para mezclarse en política, esta sola razon basta para suprimirla; pero ántes se debe probar que la corporacion como tal adolece de este defecto, pues puede haber individuos que una vez ú otra le cometan, pero seria injusto hacer por ello cargo á toda la corporacion. Por ejemplo: no todos los eclesiásticos seculares de Italia son políticos inveterados, porque Gioberti lo sea. Véamos ahora qué ingerencia en la política, es la que se puede imputar á los Jesuitas de Nápoles. Exijo de sus acusadores las pruebas, y que no se contenten con vagas é insignificantes aserciones. Yo no puedo probar una negativa, ni tengo deber de acreditar que no se han mezclado en política estos religiosos; pues la Constitucion declara que todo hombre es reputado inocente, mientras no se pruebe lo contrario. Es obligacion de todo acusador, probar los cargos que hace. Sin embargo, yo referiré á V. todo lo que me consta sobre aquella ingerencia en política. Antes de que se diese la Constitucion, los Jesuitas enseñaban la obediencia al gobierno y leyes existentes. ¿Qué otra cosa podria hacer un sacerdote, sino predicar sobre este texto de San Pablo dirigido á los Romanos y, obérvelo V., aplicable hasta el tiempo de Neron que era cuando el Apóstol escribia: "Toda alma esté sumisa á las potestades, porque todo poder viene de Dios: las potestades que existen, son ordenadas por Dios." Quizá habrá algunos que quisieran no se predicase sobre este testo: nada mas probable; pero ¿debemos abstenernos de predicar la palabra de Dios, porque á algunos no les agrada? Frecuentemente se ha asegurado, tanto en los papeles franceses como en los ingleses, que el último confesor del Rey. Monseñor Cocle, era un Jesuita; mas aunque las personas mal informadas así lo creen, yo no necesito hablando con V. decir que esto no es verdad. El confesor de la Reina Madre es ciertamente un Jesuita, el Padre Latini; mas se sabe bien, segun entiendo, la parte que esta Princesa ha tomado en las últimas ocurrencias políticas. En verdad la política de los Jesuitas de estos tiempos, si es que tienen alguna, es la de los gobiernos bajo los cuales se ha servido Dios ponerlos en los paises donde residen. De consiguiente son republicanos en los Estados-Unidos de América, en donde están muy

apreciados; y leales súbditos en la Gran Bretaña, en donde ellos respetan á la ley, y la ley los respeta á ellos. En Italia habrian sido tambien súbditos leales bajo el nuevo orden de cosas, como lo fueron bajo el antiguo. Despues de aquel hermoso y feliz dia en que fué otorgada la carta de sus libertades á este pais, ¿quiénes fueron los primeros entre el clero napolitano, para proclamar al pueblo sus nuevos derechos y deberes? Esos mismos Jesuitas calumniados. En sus Iglesias se predicó el primer sermón constitucional de Nápoles; y con frecuencia he oido yo al virtuoso Padre Capellone las mas bellas alusiones á la nueva situacion del pais, así como las exhortaciones mas eficaces al pueblo para que se mostrase digno de sus nuevos y grandes privilegios.

Además de esto el Director del Colegio, Padre Liberatore (nombre de buen agüero!), publicó una alocucion que habia dirigido á los escolares; la cual se intitula *Napoli é la Costituzione*, impresa Nella Stamperia del Tibreno, Strada Trinita Maggiore, núm. 26. Digno es este discurso de que todos le lean. En las iluminaciones que en esta ciudad tuvieron lugar en celebridad de la Constitucion, solamente las tres transparencias que habia sobre el pórtico de los Jesuitas tenían alguna significacion. La primera consistia en un Mapa de Italia y Sicilia, coronado de un resplandor y la insignia del Papado; y en la parte interior se registraba esta leyenda: "El gran Pio sobre la Italia amenazada de negros nubarrones, hizo lucir cual un Iris de paz, las no engañadas esperanzas de la libertad para los ciudadanos." La segunda representaba á la Religion teniendo una Cruz, bajo la cual se descubria el busto del Rey, en aptitud de ser coronado por un grupo de niños; y en la parte inferior se leian estas palabras; "Jovenitos que en este colegio creceis para esperanza de la pátria, conservad con zelo el don precioso que nuestro buen monarca otorga bajo la sombra augusta de la Religion de Cristo." Sobre la puerta del centro se descubria la insignia de los Jesuitas, el monograma JESU-CRISTO con los tres clavos; y debajo una representacion de Napoles y el Vesubio, con esta inscripcion: "O Nombre Santísimo del único Dador de verdadera libertad á los hombres! Despide resplandores, consagra Tú las nuevas leyes que conce len franquicias á la pátria."

Dicho todo esto, lista se halla la añeja contestacion: "Todo es una vil hipocrecia, bajo la cual se tramam conspiraciones horribles." Pero yo replicaré: Probadlo: en nombre de la justicia y del sentido comun exijo que lo probeis. Justificad que siquiera un Jesuita ha sido conspirador, y hareis mas de lo que nunca se ha intentado. En favor de los Jesuitas, aun haré esta otra interpelacion: sin averiguar la verdad, sin considerar lo que haceis; no condeneis á perpetua infamia, en nombre de la razon, á una orden compuesta de religiosos, muchos de los cuales aun en nuestros dias han sido martirizados entre gentiles. Yo estoy seguro de que tarde ó temprano, la historia vengará á estos hombres: mas ¿por qué nos hemos de privar nosotros del placer

extremo, que todo hombre de bien debe sentir, cuando dá á cada uno lo que le corresponde? Todo el mundo ha leído una ú otra obra contra los Jesuitas, pero pregúntese cada cual á sí mismo: ¿He leído ú oído yo jamás una palabra en favor de estos religiosos? ¿He leído alguno de los libros que ellos han escrito, ú oído alguno de los sermones que han predicado? ¿He examinado algun pasage de su historia no escrita por alguno de sus declarados enemigos? Y si nada de esto he hecho ¿me permitirán la justicia y el sentido comun, unir mi voz al clamor que los condena? La Compañía de Jesus jamás ha caído en la indolencia, ni ha degenerado de su primitivo objeto, que es el sosten del Papado y la propagacion de la Fé Católica Romana. Estos dos objetos son para el Jesuita sinónimos de la Iglesia de Jesucristo y el Evangelio, y así aun nosotros los protestantes debemos juzgarle conforme á su creencia, no obstante que la juzguemos errada. Pero los Católicos Romanos no pueden ménos de tenerla por verdadera. Otra cuestion se suscita sobre los medios que estos religiosos emplean para conseguir aquellos fines, imputándoseles la máxima que estos justifican á aquellos; mas ni en los escritos de San Ignacio, ni en los de ningun otro Santo ú grande escritor de la Compañía, se encuentra semejante doctrina. V. encontrara la máxima diametralmente opuesta, muchas veces repetida en los libros y aun mas en los sermones de los Jesuitas. Desde los dias de la primitiva Iglesia, no ha habido cuerpo religioso mas injuriado y calumniado que la Compañía de Jesus.

Nada mas añadiré, sino que en los tres años últimos, constantemente he estado verificando la certeza de mis primeras observaciones. Durante este espacio de tiempo, cinco veces he viajado por toda la extension de la Europa: en Francia y Alemania me he mezclado con hombres de todas condiciones, creencias y paises; y (poniendo á un lado los protestantes que son testigos incompetentes, parte por ignorancia y parte por preocupacion religiosa) he encontrado que los buenos con pocas excepciones aman á los Jesuitas, mientras que los malos sin ninguna excepcion son sus enemigos. Esto, fuera de lo demás que he visto con mis propios ojos, es un argumento muy fuerte en favor de aquellos religiosos; porque si hemos de creer á la Sagrada Escritura, el amor de los buenos y el odio de los malos, sienpre han sido y serán un distintivo muy marcado de los mas grandes siervos de Dios. Otro argumento mas fuerte, aunque del mismo género, deriva yo de la opinion en que tienen á los Jesuitas los demás sacerdotes de la Iglesia Católica. Invariablemente he encontrado que todo sacerdote católico romano, zeloso, laborioso y devoto, ama y estima muy cordialmente á los Jesuitas; lo cual uniformemente sucede en Roma, en Francia, en Bélgica y en Inglaterra. Respecto de los sacerdotes alemanes nada puedo decir, porque no los traté; pero aquí en Nápoles acontece lo mismo, de la manera mas señalada. Los mas eminentes, los mejores, los mas zelosos é instruidos individuos de nuestro clero

secular, aman y respetan á los Jesuitas, y han lamentado su pérdida. Lo propio ha pasado en Roma. ¿Quién podria hablar con mas elogio de la Compañía de Jesus y de sus pasados y presentes merecimientos, que lo ha hecho el Papa Pio IX? Si algun clérigo ó religioso desacredita á los Jesuitas, examínese su conducta, ántes de dar peso alguno á sus palabras, en la balanza del buen criterio. ¿Es él un laborioso y zeloso operario en la viña de Jesucristo? ¿Observa estrechamente su propia regla? No me cabe duda sobre el resultado de semejante investigacion. Los buenos aman á los que se les parecen.

Mas ¡los Jesuitas son idos! Estos hombres de elevados pensamientos y de humilde laboriosidad, de grandes talentos y de paciencia en los trabajos, de noble valor y de dulce mansedumbre; hombres que con solo su aspecto, cuando aparecian en las calles públicas, eran una reprension para los ociosos y negligentes que pululan en ellas, y que son un cáncer para la sociedad y un escándalo para la Iglesia á que V. pertenece.

Son idos los religiosos fieles que jamás han descuidado la observancia de su regla; y que si hubieran querido vivir suave y negligentemente, no habrian atraído la furia del enemigo de los hombres, porque intervinieran en su reinado sobre el mundo.

Son idos los pacientes y amantes institutores de la juventud, que con solo haber enseñado con ménos fidelidad y elocuencia el antiguo Credo de la Iglesia, habrian sido honrados y acariciados por los enemigos de este símbolo; pero que preferian atacar hasta en las raices á la incredulidad y al vicio, por lo que el enemigo del linage humano ha conmovido á los malos y aun cegado á algunos buenos, para que vociferen por su destruccion.

Son idos los campeones del Cristianismo, los centinelas avanzados de la religion contra las potestades de las tinieblas; cuya verdadera culpa á la vista de sus enemigos mas encarnizados (no digo de todos, porque algunos pueden errar de buena fé), consiste en el zelo ardiente por la verdad, que distingue á estos religiosos y que ellos detestan.

Pero son idos los nobles porta-estandartes de la Cruz en siglos de egoismo, de relajacion moral y de fé vacilante.

La estrella mas resplandeciente que brillaba en el horizonte de este pobre pais, mientras que todo lo demás era oscuridad, ha sido apagada. Aquella luz que ardiendo sin cesar era cada vez mas vista, que alumbraba y ennoblecia á esta nacion, que servia de guia para mayores adelantos en el saber y por el saber en la religion; esta luz ha sido bruscamente desechada.....

Son idos, mas á donde quiera que vayan, la bendicion de Dios los acompañará: irán en su seguimiento las bendiciones de los pobres á quienes alimentaban, de los presos á quienes visitaban todos los dias, de los jóvenes á quienes sus instrucciones han ilustrado en este mundo y examinado á la felicidad eterna del venidero. Las bendi-

ciones de la gran multitud que de los labios de los Jesuitas ha aprendido la palabra de vida y recibido de sus manos el Pan de los ángeles, también marcharán en pos de ellos; juntas, en fin, con las bendiciones de todos los buenos y sábios de esta ciudad, ó á lo ménos de muchos de ellos. Y si algunos los maldicen, ¿qué importa? ¿No fué maldecido David? ¿No se hicieron lenguas contra él los mas viles? Uno sin comparación mas grande que David, *Jesus*, cuyo adorable nombre distingue á estos religiosos; ¿no fué también maldecido? ¿No ha dicho El á todos sus fieles discípulos, que “serán aborrecidos de todos por causa de su nombre?” ¿No pedía á Dios el fundador de la Compañía, aquel guerrero que luego fué Santo; no le pedía antes de exhalar el último aliento que sus hijos fuesen aborrecidos del mundo hasta el fin de los tiempos? ¿Qué importa, pues, que ahora algunos los maldigan? Háganlo por ignorancia ó por malicia, la misma oracion subirá al cielo por todos, mientras que existan sobre la tierra estos santos sacerdotes á quienes persiguen; oracion idéntica á la del Divino Maestro: “Señor, no les imputeis este pecado.”

He concluido. Lo que he dicho en favor de la verdad, Dios lo prospere. Lo que haya podido decir fuera de la verdad, haga Dios como si no hubiese sido dicho.

Con mucha estimacion y miramiento hácia V., mi estimado Señor Lacaita, me suscribo su Seguro Servidor.

(firmado) *Guillermo Percival Ward.*

LOS JESUITAS EN NÁPOLES.

El Amigo del orden, periódico de Namur, publica la siguiente exposicion, dirigida por el Cardenal Arzobispo de Nápoles al Rey de las Dos Sicilias.

“Señor:—Un período de dos años ha transcurrido desde que cinco de las principales diócesis de esta parte de vuestros Estados, fueron gravemente ofendidas por la dispersion de los Padres de la Compañía de *Jesus*; cuyo nombre, por si solo es un elogio. Durante el mismo espacio de tiempo, las mas importantes ciudades de este reino y los Obispos encargados de su régimen espiritual, se han encontrado privados tanto en el ejercicio de su sagrado ministerio como en la educacion, de la ayuda de unos eclesiásticos tan distinguidos por su piedad y su ciencia, como los que produce en tanta abundancia la Compañía de *Jesus*. Saben todos que sin culpa alguna de estos religiosos, ellos fueron expulsos de esta capital con la mas insolente audacia; mientras que al propio tiempo y por idénticos medios, se les hacia igual violencia en las diócesis de Palermo, Lecca

Aquila y Sorrento. También saben todos, que los autores de semejantes atentados por un cálculo digno de su maldad, tomando por pretexto el silencio del gobierno, se apoderaron de las temporalidades de estas edificantes comunidades, para hacer imposible el restablecimiento de ellas. Es notorio cuanto affigieron al Episcopado aquellos actos detestables; y que, desde el momento en que fueron cometidos, no han cesado los Obispos de condenarlos, empleándose simultáneamente en favorecer á los Religiosos dispersos y en impedir la total ruina de los bienes pertenecientes á su Instituto. Empero nuestros clamores, Señor, nuestras acciones deben hablar no solo para combatir y aniquilar el mal, sino también para producir y acrecentar el bien; haciendo que triunfen la verdad y la justicia y procurando para la juventud, espuesta al diluvio de seducciones que inundan á la sociedad, los medios de salvarse; medios de que tan copiosamente la proveia el zelo de los hijos de San Ignacio, y de los cuales se halla destituida actualmente por la dispersion de estos hombres de Dios, amados y venerados por todos los buenos y virtuosos, y únicamente aborrecidos por los impíos y malos cristianos. Estos sentimientos, Señor, me los ha inspirado Dios; así como los inspiró á esos otros cuatro colegas míos en el Episcopado que, sin prévia inteligencia entre sí, os han representado sobre el particular. Dios me inspira igualmente para que suplique á V. M. á fin de que por los medios que estime convenientes, remueva los obstáculos que embarazan á estos ejemplares Religiosos el ejercicio de su santo ministerio; restableciéndolos también en la direccion de las escuelas y en la administracion de lo que corresponde á la Compañía, con el goce de los mismos derechos que tenían en sus iglesias, casas y colegios, ántes del aciago día 10 de Marzo de 1848 en que fueron atacados. Todos los buenos católicos reclaman este restablecimiento. Debo á mi grey el expresar altamente el daño que causa á su salud y bienestar espiritual la dispersion de los Padres de la Compañía. Mis diocesanos están privados de aquellos piadosos conductores que los guiaban por el buen camino, los jóvenes carecen de los maestros que los enseñaban á ser buenos napolitanos y buenos católicos, muchas familias se encuentran destituidas de los medios de subsistir que por via de limosnas las proporcionaban estas comunidades. Las representaciones que mis venerables colegas los Obispos de Palermo, Lecca, Aquila y Sorrento han dirigido á V. M. con el mismo objeto de la presente; sin duda comunicarán nuevo peso á mi súplica, mas fuerza á mis lamentos. Sus palabras y razones en proporcion á la importancia de sus diócesis, manifiestan cuán ventajosa será para los súbditos de V. M. esta restauracion tan deseada. Con ella será satisfecho el anhelo de nuestros hijos espirituales; ella atraerá muchas bendiciones sobre vuestra sagrada persona y sobre vuestra real familia, y todo el reino. Yo estoy persuadido, Señor, de que mis palabras nada añadirán á los sentimientos que animan á V. M. En vos, despues de Dios, tengo

puesta mi confianza. Por lo mismo me creo obligado á interpelar á vuestro religioso y paternal corazón; esperando de vuestras resoluciones los medios de compensar los públicos ultrajes hechos á vuestra ciudad de Nápoles y á los ungidos del Señor, y de restablecer ese manantial de bienes espirituales destinado á reparar las pérdidas que ha sufrido la moral pública con aquellos atepados. Estos bienes se conseguirán, no lo dudo, con el restablecimiento de la Compañía de Jesus; restablecimiento que será una señal inequívoca de la protección divina sobre este país; porque en donde existe y florece la Compañía de Jesus, allí indudablemente florece y reina la religion Católica.

✠ *Sisto, Cardenal*—Arzobispo de Nápoles.

LOS JESUITAS RESTABLECIDOS EN NÁPOLES.

Hace pocos dias, dice una carta de Nápoles citada en el *Amigo de la Religion* de 11 de Octubre de 1849, que el zeloso Padre Capellone, que ya era apóstol de esta ciudad hace cuarenta años, volvió á presentarse en el púlpito de la iglesia de los Jesuitas, y su sermón fué un acontecimiento para la capital. Una gran multitud ocupaba la iglesia del *Gesu Nuovo*, por oír aquella muy conocida y amada voz. Cuando el predicador (viejo como de ochenta años) se dejó ver al auditorio, lágrimas y suspiros se oyeron en todos los ángulos del templo; tanto, que el piadoso misionero tuvo que aguardar algun tiempo antes de comenzar. Su discurso fué interrumpido frecuentemente con gritos y aclamaciones. Pero la escena fué todavía mas tierna cuando el orador, derramando tambien lágrimas, dirigió al pueblo estas palabras: "Lo veo: esa simpatía y benevolencia que me rodean, esos clamores del corazón que resuenan por todo el edificio, la alegría que se manifiesta por el restablecimiento de nuestra Compañía; me dan la seguridad de que no fué el pueblo de Nápoles quien nos expulsó." Todo el auditorio exclamó entónces: "Oh no Padre; no, no." Terminado el sermón, mucha gente quiso besar la mano del predicador y renovarle las muestras de su afecto; de modo que solo con mucha dificultad, pudo el anciano retirarse de la iglesia. Inmediatamente, despues de su restablecimiento al Colegio, los otros Padres emprendieron de nuevo sus tareas en las cárceles y hospitales, siendo en todas partes recibidos con el mismo entusiasmo. Es pública opinion aquí, que el Clero es quien pidió la restauracion de estos religiosos y la devolucion de sus iglesias, conventos y propiedades; sin que ellos solicitasen nada. No podian los Jesuitas haber vuelto bajo auspicios mas honrosos, y lo que se ha hecho es para ellos un glorioso desagravio de las calumniosas odiosas, é injustas violencias de que habían sido objeto.

FIN.



